

GFS-212-A02



En la Vida y en el Teatro

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

EL TEMA DE LA ANGSTIOSA SOLEDAD

Acabamos de evocar, en los pasados días, las escenas de la Pasión del Señor y de la Soledad de su Madre Dolorosa. Fueron en Ella indescriptibles momentos de angustia y desolación, desde que contempló horrorizada la muerte de Jesús hasta que se encendió en su alma la certeza de la próxima Resurrección.

A partir del divino drama, la Cristiandad se ha estremecido siempre con el recuerdo del dolor de María, sola y sin amparo frente a la ausencia del Hijo adorado. Y es que, al margen de la tragedia y enseñanza de la Redención, la Humanidad, redimida y pecadora, se debate por los siglos de los siglos en el permanente martirio de su soledad.

Ahora, como nunca, millones de almas se hallan espantosamente solas en el mundo; y es precisamente en las riadas de las muchedumbres ciudadanas donde flotan, abandonadas a los vaivenes de sus inciertos destinos. No se trata de los retiros deleitosos de la vida del campo que Fray Luis cantaba, El aislamiento buscado y encontrado ha sido siempre el alivio de los menesterosos de espíritu. "¡Oh, soledad alegre, compañía de los tristes!", exclama Cervantes en los TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, convencido de que la paz que un espíritu encuentra en la meditación es el mejor remedio a que un ser humano puede aspirar. Es el mismo pensamiento que expresa en LA GALATEA: "A los tristes imaginativos corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad, despertadora de memorias tristes o alegres." ¿No es este verda-

dero deleite el que lleva al anacoreta a buscar un lugar solitario para entregarse a la contemplación? ¿No es ésta la razón de la vida de los ermitaños? Y, en general, ¿no es la imperiosa necesidad en que se hallan cuantos tienen que concentrarse en trabajos intensos de análisis, de cálculo o simplemente de creación literaria o artística? La observación sagaz de Ortega y Gasset nos ha dicho: "La autenticidad de una vida se mide por su dosis de soledad." Y ésto que el gran filósofo español contemporáneo escribe aludiendo al hombre de vida profunda, muy metida en sí, es aplicable a cuantos seres frecuentan el aislamiento como medicina salvadora para su espíritu.

Pero no hablamos ahora de este recogimiento buscando en la reclusión de un voluntario retiro con afanes de trabajo o de exaltación religiosa. El anacoreta, el místico, el investigador o el analítico no se halla a solas jamás: vive en constante diálogo con sus meditaciones, sus observaciones o sus descubrimientos, y nunca considera el aislamiento como un castigo, sino como un premio o, al menos, como un inestimable colaborador.

La tragedia reside y se esparce en las almas que anhelan la compañía y la comunicación y se encuentran cada día más solas y desconsoladas. En este mal del siglo, -forjado por el egoísmo, la crueldad y la incomprensión,- está la causa de una de las mayores desolaciones humanas: más grave que el mal de las dolencias y de los riesgos físicos; más dolorosa que el de la angustia y la incertidumbre de la vida moderna.

LAS AIMAS SOLAS se titula una bellísima comedia, inédita, que un poeta de inolvidable recuerdo escribió en el primer tercio de este siglo, presenciando dolores de aquel tiempo

y presintiendo esta tragedia actual que comentamos. Entonces Alberto Valero Martín supo comprender todo el indefinible dolor de las almas no acompañadas, no comprendidas, no consoladas. ¡Cuántas veces el horror de la soledad ha llevado a muchas mujeres a cometer errores irreparables! Ese terrible temor al aislamiento espiritual convierte a seres equilibrados en torturados espíritus, ansiosos de escapar de la prisión en que se encuentran. "A veces, como la fiera prisionera, -nos dice con insistencia Ortega,- damos saltos en nuestra prisión, que es nuestro mismo ser, con ansia de evadirnos y transmigrar al alma amiga o al alma amada; pero un destino nos lo impide. Las almas, como astros mudos, ruedan las unas sobre las otras, pero siempre las una fuera de las otras, condenadas a perpétua soledad radical".

Y he aquí el gran problema interior, causante de indefinibles desolaciones y tema tratado literaria y teatralmente por muchos autores. No olvidemos aquel final del cuento DESENCANTO, publicado por Don Jacinto Octavio Picón en el primer CUENTO SEMANAL. Aquella tristeza con que la protagonista refiere a su íntima amiga la renuncia que ha hecho de todas sus ilusiones, porque "la juventud se me acaba sin que aparezca el compañero con que he soñado para la vejez", es el final doloroso de una aventura que pudo desembocar en la felicidad. Pero con mayor angustia está tratado el tema por Don Miguel de Unamuno, precisamente en su drama SOLEDAD. No nos hallamos aquí ante la soledad de la mujer sin compañía, sino ante la paternidad frustrada en un matrimonio que ha perdido a su único hijo "y ha quedado en una terrible orfandad insalvable".

Soledad, soledad...: la de aquella ilústre trágica que, hablando del amor que pudo salvarla, acertó decir: "Ha estropeado mi

soledad sin darme compañía"; la del desamparado sin remedio buscando el corazón del amigo ingrato, que no quiso consolarle; la de tantas ALMAS SOLAS, que en la Vida y en el Teatro navegan sin rumbo, perdidas en el mar del desengaño, de la renunciación y del desaliento.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.
=====